

# España insólita

## SANTA MARIA DE SOBRADO UN REMANSO DE PAZ EN LA RUTA JACOBEEA

*“En nuestra hospedería cualquiera puede encontrarse a gusto porque no existen presiones de ningún tipo. Nosotros no hacemos excepciones por razón de credo, política o sexo. Ahora, eso sí, queremos evitar a toda costa que el monasterio se convierta en un parador barato”, comenta Salvador Toro, padre prior del monasterio de Santa María de Sobrado, La Coruña.*

**E**L padre Salvador es un malagueño afable, sencillo y cordial, de sonrisa suave, donde se adivina una cabeza clarividente, vestida por cabellos grises, con ese color ceniciento que testimonia medio siglo de vida, una imagen que no corresponde con este hombre jo-

ven y vitalista que, ahora, se mueve con celeridad por su despacho, con el mismo aplomo y energía de un inquieto ejecutivo.

“Casi todos los monasterios estamos excluyendo el tema de las oposiciones porque estas personas, normalmente, bloquean las hospederías durante dos o tres meses”.

Así es como Sobrado, lugar de descanso de la ruta jacobea, ha cambiado aquellos peregrinos de antaño con atareados universitarios, cargados de libros, dispuestos a preparar las oposiciones sin nada que les perturbe, para que las horas de estudio, gracias al horario del monasterio, puedan ser aprovechadas al máximo.

También llegan hasta aquí los que simplemente necesitan pasar unos días de descanso, apartados de la bulliciosa ciudad. Y por supuesto, aquellos que buscan el lugar más adecuado para dedicar unos días de retiro espiritual. “Personas que realmente necesitan un tiempo de reflexión, de oración y tranquilidad», explica el padre prior.

Un fenómeno que fue tomando auge a finales de los años sesenta, gracias, como es lógico, a las posibilidades de los medios de transporte y a las nuevas disposiciones del Concilio Vaticano II que cambian la rígida clausura de algunos monasterios en lugares más abiertos e independientes. “Cada comunidad tuvo un margen para or-





ganizarse, dentro de los estatutos llamados de Unidad y Pluralismo. Antes, por ejemplo, las mujeres no podían asistir a la misa de nuestra capilla”, argumenta el padre Salvador.

Una etapa por la que ha pasado la hospedería de Santa María de Sobrado fue la rehabilitación de drogadictos. “La experiencia duró cuatro años, era muy interesante pero imposible de mantener. Creo que no basta la buena voluntad y el deseo de acogerles, necesitan también ayuda especializada, de la cual nosotros carecemos”.

En la habitación —no demasiado grande, pero limpia y con cuarto de baño— encuentro una nota donde se explica las normas que rigen para los huéspedes en este monasterio cisterciense, y apenas difieren de otras Ordenes religiosas. Comienza con una de las reglas de San Benito: “A los huéspedes ha de acogerseles como a Cristo”. Entre alguna de las observaciones se requiere “ambiente de silencio” en el claustro de la capilla y al entrar y salir del refectorio, en el caso de que se coma con la co-



munidad. También aconsejan que para comunicarse con algún monje se realice siempre a través del padre hospedero, norma que, en la mayoría de los casos, no parece necesariamente cumplirse.

El lugar no puede ser más tran-

quilo. Aquí, en este pequeño claustro de los peregrinos, el simple zumbido de un moscardón puede resultar molesto. El entorno del monasterio es realmente privilegiado. Está situado cerca de la fuente del río Tambre, en un

amplio valle rodeado de colinas, donde crecen pinares, *carballeiras* y eucaliptos. Un herbaje abundante que no parece encontrar dificultad en trepar por la bella fachada barroca de la iglesia, asomándose entre sus piedras de granito. Resulta penoso ver el deterioro de este mastodóntico cenobio, con tres claustros, y sus casi 36.000 metros cuadrados de construcción. “La Xunta presta algunas ayudas para la conservación, pero no son suficientes. Cuando se termina de restaurar una cosa ya está otra estropeada”, observa el padre prior.

Según te acercas, el gigante va creciendo, elevando sus arrogantes torres, como enormes brazos que señalan al cielo. Me recuerda aquella descripción de Umberto Eco, en “El nombre de la rosa”, cuando habla de “la solidez e invulnerabilidad de la Ciudad de Dios”.

El día para estos 25 monjes comienza antes del amanecer, a las cinco menos cuarto, cuando un timbre da la señal para iniciar la jornada. Las primeras oraciones,



maitines, comienzan a las seis. Luego, a las ocho, laudes, eucaristía, sexta, nona, vísperas y completas; son las cuatro horas, aproximadamente, consagradas a la liturgia, y en las que cualquiera de los huéspedes puede también participar. "Sería insoportable si en una vida de este tipo no hubiese un ambiente fuerte de oración", explica el padre prior. "Es un poco el oxígeno que respiras".

Al término de la comida, fray Julián, el padre hospeder, un palentino regordete, bonachón y de sonrosadas chapetas, como responde a su cargo, se acerca para ver si han terminado de comer los huéspedes. "Hoy —continúa este sacerdote marista— Sobrado viene a ser un poco el catalizador de las inquietudes del mundo universitario estudiantil. Es una referencia para los chicos que quieren incorporarse a un tipo de movimiento que esté dentro de una línea cristiana".

Llama la atención este grupo de monjes jóvenes, muchachos que dejaron COU o los primeros años de carrera para integrarse en la vida comunitaria de este monasterio. Sorprende ver tantas caras sonrientes, transmitiendo una sensación de alegría poco común fuera de estos muros. Un monasterio donde se respira un aire familiar. Luis, Carlos, Quique, Raúl, que ninguno sobrepasa los 27 años, se dedican a los "pequeños vicios" —así los llama el padre prior—. Se reúnen y pasan un rato escuchando música o cantando. Luis toca muy bien la guitarra, interpreta estilos diferentes, desde guitarra clásica hasta cantar alguna cancioncilla de Silvio Rodríguez o Dire Straits. Carlos y "Quique" son amigos, un día vieron un programa de "Vivir cada día" dedicado a este monasterio y decidieron pasar unos días en la hospedería para conocerlo mejor. Ahora llevan cinco años y en unos meses harán los votos solemnes.

"Estuve militando en el Bloque Nacionalista Gallego, un partido muy extremista, ¿eh?". Xosé Ramón se ríe. "Tenía entonces una militarización muy fuerte". Xosé Ramón Reiriz es de Xuño, La Co-

# España insólita



ruña, tiene treinta años, y lleva casi dos años como novicio. "Fui oficial de la marina mercante, pero cuando estaba navegando comencé

con el rollo vegetariano". En las manos de Xosé Ramón cayó una revista dedicada a temas de ecología y vida natural y, en poco tiem-

po, decidió abandonar los estudios y comenzar a vivir de las labores del campo. "Luego, más tarde, surgió la vocación comunitaria y me marché a El Arca. Fue así como empecé a sentir la vida espiritual, el yoga, la oración."

"Cuando llegué al monasterio", asegura Xosé Ramón, "hubo cosas que se me desmoronaron, fanatismos de tipo político o, por ejemplo, mi interés por el vegetarianismo. Vine aquí a pasar dos semanas que luego se convirtieron en cuatro meses".

Por la hospedería, al igual que Xosé Ramón, han pasado muchos jóvenes que venían simplemente a descansar, sin ningún planteamiento de tipo vocacional y han encontrado en esta Orden cisterciense un proyecto para su vida. "Estuve en Galicia como turista. Había empezado a estudiar filosofía y letras y en esos momentos necesitaba descansar unos días", dice Fernando Arduiza, un monje santanderino de treinta y un años de edad. "Entonces tenía dieciocho años y no encontraba sentido a nada. Sin embargo, me quedé impresionado al ver la manera que tenían los monjes de enfocar los valores de la vida. ¡Antes estaba en contra de los monjes, me parecían gente que no prestaba ningún servicio a la sociedad!".

Fernando, como cualquier joven de su edad, salía entonces con una chica. "La verdad es que era más bien en un sentido práctico, realmente no estaba enamorado. Unos meses antes de venir aquí lo dejamos. Ella no lo entendía. Le parecía imposible". Fernando añade: "La vida de un monje también es un proceso de amor, parecido al de un hombre y una mujer, y te ofrece, al igual que ese amor, un significado a tu vida".

En Santa María del Sobrado, su fuente principal de ingresos es bastante atípica. Además de la huerta, granja y vaquería, se dedican a fabricar hamburguesas y salchichas. Nadie podría imaginarse que bajo la arcada del claustro mayor, atravesando una pequeña puerta, se pueda encontrar una pequeña cadena de fabricación de este genuino sabor americano.

"La hospedería nos deja un dé-





ficit muy fuerte. Hay gente que no puede pagar y, claro, no le cobramos. Entonces, como los ingresos no son muchos, recurrimos a esta forma de trabajo”, explica Salvador Toro, padre prior de esta comunidad. “Para nosotros es un tipo de actividad totalmente nueva, un trabajo asalariado para una empresa de La Coruña”. El padre Salvador quiere dejar bien claro: “Eso sí, hemos exigido que sean productos de primera calidad y en ningún caso forzar la producción de las horas que nosotros dedicamos al trabajo remunerativo”.

“Hay una pregunta que siempre nos hacemos”, explica el padre Salvador; “¿Nuestra vida no es un poco inútil? Siempre lo gratuito aparentemente parece inútil porque no se le puede poner un precio. Nosotros no tenemos una finalidad en la Iglesia. Somos, quizás, como esos espacios verdes en las ciudades. El sentido de la gratuidad es lo que enmarca la vida del monasterio”.

Los padres de Carlos Gutiérrez,



uno de los jóvenes de Santa María de Sobrado, preparan el coche. Hoy regresan a Santander. Han pasado, junto a su hijo, unos días en la hospedería. Jose Luis, su pa-

dre, recuerda los primeros días que visitaron el monasterio. “Sentimos una gran emoción. En esos momentos dije que no iba a volver más, me causaba una gran triste-

za, no sólo por mi hijo sino por la comunidad. Luego te das cuenta que no es un sitio tan cerrado como tú crees. Nos sorprendió la idea de igualdad, encontrar un monasterio tan familiar”.

Carlos se despidió de su madre. Se abrazan delante de esta majestuosa fachada barroca. El coche pasa al lado del cruceiro que preside una pequeña plaza del monasterio y, en breves segundos, lo engulle el portalón de la casa de la Audiencia, perdiéndose entre la sinuosa carretera que dice adiós al pueblo.

En el claustro de los peregrinos, junto a las antiguas caballerizas, bajo la simétrica arcada, sin saber por qué extraña razón, hay una barca varada, solitaria bajo este bello claustro. Como si Xosé Ramón, el monje que decidió abandonar la mar, hubiera sido llevado, por alguna fuerza divina, hasta las mismas puertas de este monasterio.

TEXTO Y FOTOS: **BENITO ROMAN**